



QUELOIDES

PEDRO ALVAREZ
MANUEL ARENAS
BELKIS AYON
MARIA MAGDALENA CAMPOS PONS
ROBERTO DIAGO
ALEXIS ESQUIVEL
ARMANDO MARIÑO
RENE PEÑA
MARTA MARIA PEREZ
DOUGLAS PEREZ
ELIO RODRIGUEZ
JOSE A. TOIRAC/MEIRA MARRERO

RAZA Y RACISMO EN EL ARTE CUBANO CONTEMPORANEO

**La Habana, abril 2010
Pittsburgh, octubre 2010**

www.queloides-exhibit.com

Queloides: raza y racismo

María I. Faguaga Iglesias
Historiadora y antropóloga
La Habana, Cuba

En el quinto mes del año, según el calendario occidental, llega la primavera en el hemisferio Norte. Mayo es el esperado mes de las lluvias que, en Cuba se dice *dan suerte*. Mes de la Africanía, según Naciones Unidas, pero estamos en Cuba, nación afroamericana, afrocaribeña, y prácticamente nada se dice al respecto. Seguimos posicionándonos en la ecuación tradicional sobre la cual se erigieron las asimetrías sociales en las naciones afroamericanas, entiéndase: Hombre / blanco / heterosexual / cristiano-católico versus Hombre y mujer / negro-mestizos / heterosexuales / *brujos*. Los primeros, al mando de las naciones; los segundos, siempre dominados.

Más que la práctica del racismo, impuesta por los primeros como mecanismo de control sobre los segundos, actúa el mecanismo de perpetuación del racializado ejercicio monopólico del poder y el disfrute hereditario de sus ventajas. Mucho más, el mal del racismo y su enfermita entronización sin distingos de espacios sociales, y la hipócrita negativa a reconocerlo.

Artes plásticas, raza y racismo

Pese a que lo parezca, el actual Mes de la Africanía no ha pasado sin más. Como en todas las sociedades, mucho más en las que, como en la cubana, todo tiende a pretender tenerse bajo control, muchas cosas suceden aquí tras bambalinas o se desplazan por trillos y hasta calzadas subterráneas

Algunos sucesos importantes han ocurrido/ están ocurriendo, aunque casi a hurtadillas, *como quien no quiere* (ver, saber, ni que sucedan) las cosas. Silenciados e ignorados, pero presentes, como se hace intrínseco a poblaciones que viven en resistencia. A fin de cuentas, así continúa la población negra en Cuba, resistiendo y a contracorriente, aunque en el discurso oficial se afirme y sustente lo contrario.

Mayo llegó con una aportación que, en ese sentido, le hacia el mes de abril, cuando se inauguró (el día 16) la tercera muestra de *Queloides: raza y racismo*, exposición de artes plásticas en el Centro de Arte Contemporáneo Wilfredo Lam, ubicado en el casco histórico de la vieja y destartalada capital, con el nombre del renombrado y casi parisino mulato afrochinnocubano, quien regresara anciano a morir en La Habana.

Los olvidos son frecuentes en Cuba. La Isla pareciera que sufre de Alzheimer generalizado; pudiera ser porque, con tan pobres producciones, ya apenas tomamos café, ese elixir del que ahora se dice que, usado sin excesos, contrarresta tantos males, incluso el Alzheimer. Los convocantes a la tercera edición de *Queloides...* olvidaron mencionar a los organizadores de la primera, incluso cuando uno de estos, el teatrista y antropólogo afrocubano Julio Moracén (ahora desempeñándose como profesor en Brasil), estuvo presente en la inauguración.



Ave María. Meira Marrero/José Ángel Toirac

Lo más importante es que sucedan las cosas, pudiera objetarse. Sí, pero para que esta Isla no siga reeditando sus repeticiones desde lo peor de ella, será muy conveniente y oportuno que vaya atajando a tiempo sus traumas, sus dramas y sus taras¹. Y eso: ¿podrá hacerse sin memoria?

Pero *Queloides*..., pese a su escasa repercusión en los medios nacionales, sería un suceso a tener en cuenta aun si no hubiese estado presente y mucho más, esténdolo. Lástima de la dejadez que manifiesta el personal de las salas donde se exhibe, que ante las interrogantes respondía no contar con información. Lástima, porque a la creatividad de la subjetividad del receptor puede ayudar el encuentro con la subjetividad del creador, no sólo a través del producto artístico recibido, sino de la propia interpretación que tenga y ofrezca el artista sobre su obra.

Los dolores y los traumas, las introspecciones y los procesos de autodescubrimiento, las desgarraduras y los mestizajes, las conflictivas

vidades y los encuentros interraciales, todo eso y más vislumbramos en esta tercera edición de *Queloides: raza y racismo*, en su amplia multiplicidad de recursos discursivos, de los que se valen artistas negros y blancos, como para ratificarnos que los problemas de una nación pluricultural y multirracial corresponden a todos y todas identificarlos, enfrentarlos y procurarles soluciones. En última instancia, el racismo antinegro, incluso si ha enraizado por la ideología del *blanqueamiento* y su concomitante *mulatismo*, en no pocas personas negras-mulatas, fue creación de sus congéneres blancas.

Virgen de la Caridad del Cobre-Ochún

Iniciar el recorrido ante un extenso altar que muestra 25 variadas imágenes de la Virgen de la Caridad del Cobre, Patrona de Cuba, no es hecho para desestimar. Cinco es el número que distingue a Ochún, oricha del amor y de la sensualidad, de las parturientas y a la cual las

mujeres encomiendan la protección de sus hijos. La oricha que se dice pidió a Olofi (dios supremo de los yoruba) le permitiera venir con sus hijos esclavizados al *Nuevo Mundo* para no dejarlos abandonados a su suerte. Ochún, la oricha que sincretiza en el panteón de la Regla de Ocha o Santería con la Virgen de la Caridad del Cobre, la *Virgen Mambisa*. El par indisoluble Ochún-Caridad del Cobre, las mulatas que unen a los cubanos incluso allende las costas, por encima de diferencias ideológicas, etno-raciales o de cualquier tipo.

Por eso no parece gratuita la presencia de las 25 imágenes de la virgen. Cinco veces cinco: interpretación cabalística no muy difícilmente traducible entre cubanos. Junto a las más tradicionales y de blanca y señorial apariencia, están las representaciones mestizas, más humildes e igualmente queridas, como aquella de madera y rústicos trazos, a cuyo bebé mutilado le faltan una pierna y los brazos y cuya corona se confeccionó con algún tosco metal; o esa tan diminuta que con su urna no debe sobrepasar los dos centímetros, sin soslayar la que tan exquisitamente fue dibujada en una piedra de cobre extraído de la mina sobre la cual se asienta el santuario (en el santiaguero poblado de igual nombre: El Cobre). Ni la que pareciera estar levitando sobre el humildísimo y atractivo pueblito y la Sierra Maestra.

Toda una composición de imaginería en la que sus autores, Meira Marrero y José Ángel Toirac, consiguen captar no poco del inventario de ideas que en torno a nuestra virgen mestiza tenemos cubanos y cubanas allí donde estamos, en la Isla o en Madrid, en Miami o en Moscú, en Luanda o en Pekín, porque siempre, significativa y mayoritariamente, la seguimos considerando la acogedora *madre de todos los cubanos*, símbolo inigualable de la dignidad y confianza de la / en la nación, siempre a medio camino entre la aspiración, la necesidad y la realización.

Vigencia del «*Llega y Pon*»

La instalación artística de Roberto Diago quizás sea considerada desconcertante. Tal vez por algún extranjero de los que nos visitan en embajadas dispuestas para hacer eso que hemos ido llamando *turismo de izquierda*, con bellos, impecables y matemáticamente medidos recorridos, trabajos voluntarios y encuentros amistosos previamente planificados, a quien le parecerá asombrosa y subversiva.

Quienes aquí vivimos como personas comunes, y no pretendemos *tapar el Sol con un dedo*, sabemos cuánta honestidad está expresando; podemos presumir, por la experiencia que proporciona tener un similar origen etnorracial y socio-económico, siendo el autor un hombre negro del popular barrio de Marianao, cuánta angustia y dolor habrá ido espontáneamente imprimiéndole: la misma que desde su nacimiento fuera él recibiendo de su entorno.

En una pequeña habitación de alto puntal, dos obras conforman la muestra de Diago. Una instalación de pequeñas casitas de madera desechada y techos de latón o de otro material semejante, toscas y deterioradas, se apilan hasta alcanzar el techo. En un lateral, un equipo de video empotrado en la pared muestra las imágenes tomadas en un barrio de los antaño llamados *«llega y pon»*, al estilo de las favelas brasileras, donde todo es arquitectónicamente permitido, porque quienes allí residen materialmente no se tienen más que a sí mismos y a los suyos.

En las imágenes que saltan ante nuestros ojos conviven improvisadas viviendas con cercas *peerle*, cual si de un aburguesado reparto residencial se tratara; algunas con las conocidas ventanas de persianas estilo *Miami* y muchas más, todas con intentos de privacidad y de seguridad. Muchas exhibiendo la ropa limpia de sus moradores —a los que nunca se ve,



Ciudad en ascenso. Roberto Diago

cual si de un museo de lo indeseable y remoto se tratara—en las tendederas de sus improvisados patios. No vemos a los portadores de esas prendas, pero la presencia de estas son claro anuncio de que existen, aun en su obligada invisibilidad, recordándonos con insistencia que lo que no debería existir —no es comprensible, justificable ni disculpable— son las maltrechas e infiustas condiciones en las que malviven.

Visibilización de los no *logros*, de lo presente que se intenta no ver, de la realidad de tantas personas a las que, ¿revolucionariamente? se da la espalda Todo un homenaje a quienes, en *Revolución de los humildes, por los humildes y para los humildes*, durante 52 años continúan sin tener algo tan imprescindible como un sitio decente donde guarecerse. Quienes nunca lo tuvieron antes de 1959 y quienes han sido forzados a recibir esa herencia. La parte de la *Cuba de ayer* que en la infancia recibíamos espantados en imágenes de la revista *Bohemia* y en la adultez nos despertó a la realidad de que es también el presente, pues nunca dejó de ser.

Filosofía sin razas

El trabajo fotográfico de René Peña, ese afrocubano siempre trasgresor, pudiera decirse que resulta mucho más penetrante, perspicaz y filosófico en esta ocasión, especialmente visto de conjunto: cada imagen pareciera conducir a la próxima y, a su vez, cada una trasmite su distintiva fuerza y esencia.

El hombre que nos mira penetrante y luciendo una llamativa gorra, como si pretendiera someternos a inquisitorial examen, atento de si nos entretenemos con el ornamento o aceptamos el desafío de dejarnos interpelar por su mirada, es el mismo que, en pose de humildad y luciendo amplio pantalón de color anaranjado y sandalias negras, mira hacia sus pies y es el que, en su bañera, reproduce la muerte de Marat: sorpresivamente estamos ante una

cubanizada reproducción afro del asesinado francés.

Taxativamente no hay negros ni blancos, nacionales ni extranjeros, no hay distingos de profesiones ni de otro tipo. Todos podemos correr la misma suerte e incluso, tener semejante muerte, parece decirnos René Peña, quien es el modelo de su producción artística.

Mucho más hay en la muestra plástica. Intentos de genealogías que emparentan al negro cimarrón de ayer con el castrista dirigente negro de hoy; propuestas desde el discurso femenino sobre problemas que afectan a la mujer por causa de la malformación patriarcal, sexo y, en fin, mucho de lo humano y hasta algo de lo divino. Sin embargo, dejar para el final, como antesala del cierre de la muestra, a Belkis Ayón es un lujo irrenunciable para artistas, curadores y visitantes.

La esperanza en el afrofeminismo

Allí, en la última sala de la muestra, amplia y naturalmente iluminada, en grandes dimensiones, estaban algunas de sus obras: *La Familia*, *La Cena*, *La Consagración*... Nos revelan a la mujer liberada que fue y sigue trascendiendo, aunque no le alcanzara la energía para continuar en su materialidad o, como a quienes se dice que tienen carácter divino, las poderosas fuerzas de dioses y divinidades nos la llevaran tan rápido, para que prontamente aprendiéramos a valorarla tal cual merece, para que siempre tengamos que evocarla y lleguemos nosotras, mujeres afrocubanas, a tenerla como una de nuestras preciadas, imprescindibles y siempre presentes ancestrales.

Belkis y el pez-mujer de los *efik* que ella hace, hacen también el milagro de que nos hable a nosotras y no únicamente a los hom-



Sin título. René Peña

bres abakuá. Belkis nos descubre el mundo de esa masculinidad afrocubana que ella penetró con su agudeza para devolverlo, incluso a ellos mismos. Belkis es la afrofeminista de estos 52 años cubanos, en que hablar de feminismo y afrocubanidad han sido dos serias y muy temidas trasgresiones. Belkis aceptó tanto retos y riesgos, asumiendo ahora, en *Queloides....*, el de anticiparnos la mejor de las despedidas posibles en ese / este momento extrañamente esperanzador y desconcertante a la par.

Habrá que enfrentar, como Belkis, retos, fundamentalmente el de quedarnos atrapados en la esperanza pero sin irnos tan temprano hacia lo desconocido, para poder hacer aquí, como tanta falta hace. Por eso vale recordar siempre a Belkis, como vale recordar a Orlando Zapata Tamayo², pero sintiendo siempre sus rápidas y tan tempranas partidas. Por eso, vale recordarle a Guillermo (Coco) Fariñas³ que, con lo mucho por hacer, no necesitamos mártires sino héroes. Y estos tienen que estar vivos, intentando construir desde la esperanza.

(Re)Resignificando códigos antinegros

En la despedida, un discurso plástico sugerente e intranquilizador, dejándonos entre el asombro, el embarazo y la confusión, para, al final, traernos esos halos de la esperanza. El artista Manuel Arena Leonard, que ha transitado de la pintura al videoarte, nos hace un regalo que obliga a mover las neuronas, a salir pensando y hasta buscar apoyo. Es otra mirada que nos ayuda a develar lo íntimo, nos auxilia en el intento de exteriorizar un mensaje que, quizás por lo evidente, en la obra y en la cotidianidad, con toda su carga de dolor, queremos pretenderlo distante e invisible, aun sabiendo que nos envuelve o que, peor, lo llevamos dentro.

Aquellos tubos que contienen pintura negra, en uno de los cuales se colocó excremento, quedan gravitando en nuestras mentes y pueden resultar agresivos, tanto como el título de la obra: *Negro de mierda*. Ahí está la apropiación del subalterno, utilizando los métodos de la violencia ejercida sobre él, no necesaria-



La consagración. Belkis Ayón

mente para revertirlos, sino para (re)significarlos; en este caso para ventilar públicamente los sucesivos intentos de victimizarle y su negativa a aceptarlo. No hay autovictimización, sino réplica en buena lid, con las armas de las que se dispone y que no necesariamente saben emplear ni decodificar aquellos que se afanan en pretender convertirnos en *otros* al interior de la propia nación, pues todos y todas somos alfabetos y analfabetos a un tiempo.

Ni por asomo hay ingenuidad en el creador. La incomodidad y puede que hasta irritación que nos provoque contemplar su arte y leer el título es semejante a la experimentada cuando, por nuestro color y fisonomía, recibimos ese tratamiento u otro igualmente demolidor.

A ataques gratuitos, respuestas contundentes. Ésa parece ser la máxima sobre la cual se acomete este ensayo de respuesta artística aparentemente gratuita. Pero no es tal. La justificación existe y es irrefutable. Cinco siglos de agresiones a la humanidad de la población negra-mulata merecen respuestas desde todas las esferas, humanas y divinas. Si las respuestas

que no llegan, entonces hay que salir a buscarlas, insistir, increpar, ofrecérnoslas y ofrecerlas nosotros mismos, sujetos violentados en nuestra integridad individual y colectiva, minimizados y hasta objetivados ante la miradas de los *otros* connacionales.

Es improbable que no nos sacuda la embestida ante la instalación de Arena Leonard. No importan raza ni etnia ni sexo ni filiación sexual, ni ideología ni partidismos, ni nacionalidad ni sector social. El racismo no quedó en el pasado, es tema de hoy y lo será del futuro, pero no podemos continuar impasibles, aceptándolo con fatalismo sin par, conformándonos con migajas.

Tribunas y trincheras para combatir los males sociales puede ser cualquiera. El arte no es sólo esfera de ensueños e idealizaciones, sino también exhibición concreta de lo que existe para bien y para mal, y por supuesto, la demostración de lo posible. Es espacio para la belleza y lo grotesco, para lo placentero y lo doloroso, para la felicidad y las angustias, porque unas y otras son reales y conviven, franqueando entre el maridaje, la competen-



En el reino de la libertad y la necesidad. Roberto Álvarez

cia y la contrariedad, entre el antagonismo y la manifiesta beligerancia.

Por eso la obra descentra al espectador. Le obliga a volver sobre sí y su contexto. Le fuerza a retroceder sobre sus huellas de andar despreocupado. Esas personas negras, blancas o mestizas que dicen no tener que ver con el racismo, que afirman que no les ha *tocado eso*, están como obligadas a mirarse ante el brillo de la negra pintura y sentir en el hedor su arbitrarria e injusta filosofía de vida, para ver así el reflejo del monstruo que llevan dentro, como personas que creen justificadas, histórica y biológicamente, sus prácticas discriminadoras.

El artista arremete, violentamente, contra uno de nuestros mayores e inconfesables traumas, que es en sí ejercicio de violencia: el racismo antinegro. No nos deja opciones. Saldremos de allí o, en algún momento lo haremos, recorriendo el camino de la deconstrucción del discurso racista, que para

muchos es elementalmente adquirido, casi tan hereditario como los rasgos biológicos, y para otros tiene robustez de articulaciones conceptuales pasmosamente estructuradas. Pero, elemental o elaborado, ambos discursos son igualmente absurdos y brutales, insensibles y perversos, patológicos y execrables.

Queloides... va hacia el Norte

Afroamérica es una, con sus comunes orígenes etno-raciales y sus atrofiadas economías, sus herencias nefastas de asimetrías socioculturales, económicas y políticas y sus historias de luchas compartidas, con las secuelas psicológicas de sus jerarquizaciones y sus atrofias a nivel de imaginarios colectivos. En la recomposición de nuestros tejidos sociales, sin embargo, no todas las naciones afroamericanas nos movemos al mismo ritmo.

En ese camino, queda a Cuba mucho que aprender.

Por eso es importante que esta tercera edición de *Queloides...*, a diferencia de las anteriores y aprovechando los gradualmente reabiertos intercambios culturales entre Estados Unidos y Cuba, cruce las fronteras siguiendo camino al frío Pittsburgh, donde el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Pittsburgh y el Mattress Factory Museum, han posibilitado su presentación, reforzada por la visualización de la importancia de la población afroestadounidense, que tiene actualmente un punto clímax de la lucha por la legalización y realización efectiva de sus derechos civiles, con la llegada a la presidencia del país del primer afroestadounidense, Barack H. Obama, y la significación que comporta en los imaginarios y en la autoestima de los afro en todo el mundo.

Importancia asimismo reforzada por la histórica relación de la población afroestadounidense y afrocubana, que pese a ser quebrantada en los últimos 52 años, alcanzó hace pocos meses relieve nacional e internacional con la carta que enviaron 60 personalidades negras del vecino del Norte al gobierno cubano para criticar la situación de las relaciones interraciales en la Isla y hacer algunos reclamos a favor de los afrocubanos. Importancia justificada también por la presencia, en la Universidad de Pittsburgh, del Centro de Estudios Latinoamericanos, que tradicionalmente ha desarrollado estudios sobre asuntos cubanos y ha favorecido los encuentros con artistas y académicos cubanos radicados en la Isla.

El arte conceptual y socialmente comprometido que nos muestra *Queloides...* no es gratuito, aunque a muchos, consciente o inconscientemente imbuidos de racismo, pueda parecerles forzado o inoportuno, artificioso o rebuscado, identificando sus propias debilida-

des o sus demonios. Un mes demoró la televisión cubana para dar a conocer *Queloides...*, que en su inauguración y días subsiguientes, sin que aludieran razones, debió ser visitada por la puerta trasera de la edificación, tal cual sucedía antes de 1959 a las personas negras-mulatas en muchos establecimientos y viviendas particulares, lo cual no pocos quisieran reeditar.

Por este tipo de señalamientos y comentarios, siempre pueden acusarnos de *susceptibles, racistas y divisionistas*, con el agregado de que *nadie ve eso, solo tú, con tus malas intenciones y tus manías de hablar de racismo*. Esos son los hechos: que cada quien los acomode a sus observaciones, análisis y experiencias de vida en esta isla *blanquinegra*, en la que en cada uno de los niveles continúa imponiéndose la filosofía de vida blanca-criolla y racista antinegra de José Antonio Saco, y en la que el positivismo campea sin muy definidos límites.

Notas:

1-Martínez, Iván Cesar y Benemelis, Juan F *Los fuegos fatuos de la nación cubana. Un análisis sobre la esencia filosófica-política del racismo en Cuba, su vigencia y el futuro de la nación cubana*. Kingston, The Ceiba Institute of Afro-Cuban Studies, 2009.

2-El opositor Orlando Zapata Tamayo murió el 23 de febrero de 2010, a los 43 años, tras más de 80 días en huelga de hambre.

3-Guillermo (Coco) Fariñas se declaró en huelga de hambre y sed desde el 24 de febrero de 2010, como protesta por no permitírselle asistir a los funerales de Zapata, y prosiguió en reclamo de la liberación de los 26 presioneros políticos enfermos con peligro de sus vidas. Ante las denigrantes acusaciones en la prensa nacional precisó que los presos políticos cubanos no son mercenarios, ya que estos no mueren por un ideal. Fariñas pospuso su huelga luego de que el gobierno comenzara a liberar a los presos políticos de la Causa de los 75 (2003).